

Crónica

Cú... Cú...

A mi amigo J. E.

Empezaba á anocheecer.

Al cálido ambiente que durante las horas de aquel día de primavera, nos recordó los calores de Julio, había sucedido un vientecillo fresco y agradable que aspirábamos con satisfacción de nuestros pulmones, molestados hasta entonces por la pesada atmósfera que durante el día los fatigara.

El sol habíase despedido de nosotros ocultando sus rayos entre girones de nubes cárdenas, que allá en el horizonte, aparecían como prolongación de la lejana sierra.

Sin rumbo determinado, sin idea fija aposentada en el cerebro, indiferente y sin preocupación, caminaba bajo la verde bóveda que forman las entrelazadas y nudosas ramas de los gigantescos álamos del paseo; las sombras ibanse espesando bajo aquel túnel de verdura, haciendo más breve la duración del crepúsculo.

Las gentes que algunas horas antes animaban el ameno sitio, habían desaparecido, y solo en algunos bancos ó asientos de piedra que hundidos entre la hojarasca de perfumados rosales, adornan el paseo, veíase escasísimo número de individuos que disfrutaban la placidez del lugar.

Llegaba yo al extremo de la arenada vía, pensé sentarme y hacia uno de los referidos bancos enderecé los pasos, dando al fin con mi cuerpo sobre la dura piedra. Cerca de mí, en el asiento contiguo, dos individuos departían en voz baja; enfrente... tampoco estaba desierto el banco de enfrente; lo ocupaban dos niños; dos golfitos haraposos y sucios, tendidos cuan largos eran y sirviéndoles de almohada las manos entrelazadas bajo sus desgredadas cabezas.

La presencia de aquellas criaturas abandonadas de Dios y de los hombres, dormidas en aquel paraje solitario como perros vagabundos cuya suerte á nadie interesa ni preocupa, me hizo pensar...

Mis vecinos del banco inmediato disputaban, y sus palabras llegaban perfectamente á mis oídos cortando el hilo de mis meditaciones.

—A *ese*, es al que hay que seguir aquí; no tengas duda.

—Pero hombre ¡si está completamente desprestigiado! Pero es que ignoramos su historia, cómo hizo lo que tiene?

—¿Y qué? ¿Dejan por eso de abrirle paso y respetarle?

—Los que son de su condición y esperan obtener las ventajas de la hipocresía, ¡claro que sí! Pero me quieres decir qué de bueno hizo ese hombre? ¿Cuales son sus méritos? Lo que aquí ocurre es que se ha perdido completamente la dignidad y hay quien soporta cien latigazos en la mejilla á cambio del favor más pequeño. Y sobre todo, esa es una política tan asquerosa, que el que no sea un servil, tiene que abandonarla...

Aquellos individuos se alejaron en dirección al pueblo, y yo... yo quedé pensando en la política á que sin duda se referían, en sus hombres, en mi pobre país, en las ventajas que éste obtiene con sus mangoneadores y... en los niños que dormían abandonados sobre el banco.

Nuevo rumor de voces lanzadas á mi espalda, me hizo volver rápidamente la cabeza; una espesa barda de espinos se levantaba al otro lado impidiéndome ver el huerto de naranjos, cerrado á mi curiosidad por aquella cerca.

Indudablemente hablaban en el huerto; ¿quién? lo ignoraba, pero el hilo de mis pensamientos vióse interrumpido de nuevo. —Sí señor; había que oírme el viernes, amigo mío; eso es hacer política y tener habilidad para destruir á las minorías ¡no pueden conmigo!

El que tal aseguraba, forzaba la voz tanto, que yo pensé; O quien habla lo hace con un sordo, ó tiene empeño en ser escuchado por el que pasa.

—Hay que saber definir el concepto, desentrañar la ley... y entrar *de plano* en los asuntos como yo lo hago; porque indudablemente, hay quién está *dentro* de la ley, y quién está *fuera* de la ley; y eso en mi partido, únicamente yo, lo alcanza

y define; lo demás son atribuciones de *Allos Tribunales*.

—¿?

—Pues eso es lo que hay que saber para sentarse en aquellos escaños. ¿Qué serían sin mí esas fuerzas políticas en que milito? Desengáñese Ud. el porvenir me sonríe.

—¿?

—¡Ya veremos! Por lo pronto, soy el terror de las oposiciones con mis enérgicos discursos; tengo el disgusto de que no me entiendan, por que el lenguaje de la ley, no es comprensible á todas las inteligencias, por eso no encuentro quien me conteste. ¡Los míos han tenido que convencerse de lo mucho que valgo!

No había terminado la frase aquél *Robespier*, cuando en uno de los árboles inmediatos al sitio en que se sostenía la conversación, sonó pausado y agudo, como frase burlesca, el *cú...cú cú...cú...* del pájaro nocturno.

El *melodioso* canto despertó á los granujillas, que de un salto pusieron de pie; sin poder contenerme, la carcajada que pugnaba por salir de mis labios estalló en ellos; y en tanto que los golfos corrían paseo adelante, el pájaro guasón continuaba casi al oído del *pobre Robespier*:—*cú...cú, cú...cú...cú...cú...*

LURBE.

AVISO

Rogamos á todos los habitantes del término de Lorca y al público en general, se sirvan darnos cuenta de cuantos abusos sean víctimas por los empleados de consumos, para hacer en debida forma las correspondientes denuncias tanto al Sr. Alcalde de esta Ciudad como á los Sres. Gobernador civil y Delegado de Hacienda de la provincia.

Las horas de oficina en nuestra Redacción establecida en el Circulo republicano, frente á Santiago, serán todos los días incluso los de fiesta de 2 á 5 de la tarde.

Remitido

Mi querido amigo Paco: Nuestro buen Valeriano me envía noticias de lo acaecido en el Puerto y las adjuntas cuartillas que el suceso le han inspirado y que con su habitual modestia me suplica que corrija antes de entregarlas á la publicidad. Como verás, las cuartillas van intactas: no iba yo á cometer una verdadera profanación con esa nobilísima, sincera, espontánea y entusiasta expresión de los sentimientos que á todos nos embargan.

Por otra parte, si yo no estoy conforme con algunas de las apreciaciones de nuestro querido Valeriano, si lo estoy—y esto es lo esencial—con la idea fundamental que expone y que he visto iniciada por Miguel García en los recortes de la prensa que me envía Valeriano.

No estoy conforme con las apreciaciones que hace de esa hermosa y unánime manifestación del Puerto. Soy de los que creen que «no merecen la libertad ni aún la vida, los que no saben conquistarla diariamente» y que toda conquista, exige esfuerzo entusiasta, y que todo esfuerzo, ha de engendrarse al calor de las pasiones; de las pasiones bastardas, los esfuerzos egoístas; de las pasiones nobles, los esfuerzos generosos.

Yo lamento por el contrario no haberme encontrado entre vosotros en aquella espléndida manifestación, la más solemne que haya realizado el Puerto en su vida colectiva. En medio de esta modorra suicida en que estérilmente nos consumimos, es altamente consolador ver levantarse un pueblo estimulado no por intereses materiales ni por pasiones secundarias y mezquinas, sino por sentimientos nobles y elevados, por lo que constituye lo más íntimo y puro de su espíritu. Caen en el olvido los credos políticos con la muerte de las personas que los sustentaron y con la desaparición de las circunstancias que les dieron origen; desaparecen también las teorías científicas con la rectificación de las verdades parciales eternamente renovables que les sirvieron de base: lo que no desaparece